

La mirada del otro

Por HABEY HECHAVARRÍA PRADO

En septiembre del año pasado sesionó en Roma el Primer Congreso de Televisiones Católicas. Fue la ocasión para que el padre Federico Lombardi, sj, director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede y de la Radio Vaticana, anunciara la creación de una red internacional de televisoras católicas, las cuales, manteniendo sus autonomías e identidades culturales, se acoplarían en un mutuo servicio. Con la propuesta de constituir un banco de programas gratuitos se dio un paso concreto hacia la inserción de la Iglesia en las complejidades del mundo contemporáneo. Se aprecia también una respuesta afirmativa a los desafíos de la gigantesca misión de evangelizar en la encrucijada actual de la historia.

Una de las aristas del desafío descansa en cómo la Iglesia Católica percibe los problemas del mundo y cómo ese mundo tan abigarrado observa (y se relaciona) con la Iglesia. Este cruce de miradas desborda el medio televisivo, al impactar sobre las publicaciones, sitios en Internet y emisoras de radio asociadas a la Iglesia.

Pero considerando las 300 televisoras católicas, que entre un total de 2 mil existen en el planeta, se esboza la amplitud de una realidad influyente y en crecimiento.

Ante la seducción de los adelantos tecnológicos y el embohecimiento con la imagen del audiovisual -más cuando la prensa, devenida espectáculo, deja de ser un poder aislado para integrarse a los mecanismos del poder- interesa a los cristianos usar los medios de comunicación en la misión que Jesús dejó a su Iglesia.

Como nadie ignora, para Cuba la cuestión es diferente. El limitado acceso de las iglesias cristianas a los medios, casi nulo en el caso de la televisión y de la radio, de estricta propiedad estatal, sitúan el mencionado "cruce de miradas" solo en la percepción oficial sobre las instituciones religiosas y sus fieles. Los matices de esa percepción unilateral parecen ir variando con los tiempos, en igual medida que las dificultades que sufrió la religión en la arena pública durante más de tres decenios han empezado a transformarse, quizá, favorablemente.

Hasta hoy, aunque la proyección de mensajes de la Iglesia Católica se sitúa en lo fundamental desde la prensa escrita, o en ocasiones a través de algunos eventos, la necesidad de abrirse paso en los órganos de difusión, y específicamente en la televisión, constituye un asunto aplazado aunque imprescindible para la obra de la Iglesia, asunto al que no se ha renunciado. No obstante, las nuevas perspectivas que emergen discretamente en el campo mediático insular permiten reflexionar sobre un posible cambio, al menos, en los enfoques con que se nos observa.

Los antecedentes

La situación actual se abrió paso a partir de la década del 90, en sintonía con los cambios que entonces experimentó el país. Los medios de comunicación dedicaron mayor atención a temas de espiritualidad y religiosidad, acorde con un fenómeno global, y, a la vez, comenzaron a reorientarse respecto al Cristianismo.

La televisión empezó a reconocer en positivo una realidad bimilenaria, internacional y nacional, que poco tiempo atrás apenas existía en nuestro ámbito mediático; y cuando aparecía, por lo regular, la mirada podía contener burlas y diatribas. Afortunadamente ocurre una transformación cuando se amplía el reconocimiento oficial a las iglesias cristianas y mucho más después del hito que fue, en 1998, la histórica visita del Papa Juan Pablo II, Siervo de Dios.

Las transmisiones televisivas, completas y en vivo, de las misas que ofició el Santo Padre ante la estupefacción de unos y la algarabía de otros, así como de algunos de los encuentros que este protagonizó en aquellos días memorables, resultaron indescritiblemente sorprendentes.

Espacio Laical 2/2007

A través de los medios, esa agenda de actividades llegó a ser, para el cubano de a pie, tan conmovedora como la imagen del Sagrado Corazón de Jesús que se colgó a lo largo de la fachada de la Biblioteca Nacional José Martí y sirvió de fondo a la Misa en la Plaza de la Revolución.

Aquello corporizó un suceso todavía de incalculable magnitud eclesial, social y comunicacional para todos los cubanos, “creyentes y no creyentes”, según la escrupulosa delimitación muy usada desde entonces. Poco después también sorprendió la transmisión de la celebración religiosa que allí mismo, en la gran plaza habanera, realizaron las iglesias evangélicas.

Algo cambió en aquel momento. Con la visita del Mensajero de la Verdad y la Esperanza se erosionaron sospechas, cedieron malentendidos, se reblandecieron enemistades, no solo a nivel de las autoridades, sino en el corazón del pueblo, donde el rencor, el miedo y el silencio suelen hacer poso. En tal sentido, recordamos con mucho agrado la alocución televisiva del arzobispo de La Habana, su eminencia el cardenal Ortega, previa a la llegada del Santo Padre, que ha dado paso a intervenciones radiales de otros Obispos.



Foto: ManRoVal

Desde esa fecha, personalidades cristianas y autoridades de la Iglesia Católica, extranjeras y cubanas, de cuando en cuando aparecen en pantalla. Y aunque estas intervenciones son muy reducidas en tiempo, frecuencia y temas, marcan un antes y un después en el problema que nos ocupa.

La actualidad

Sin demasiado esfuerzo distinguimos posiciones diferentes en el tratamiento que la televisión ofrece a la Religión Cristiana. Las posiciones se ubican desde el respeto al desconocimiento o la indiferencia, desde el enjuiciamiento velado, o no, hasta cierto rechazo prejuiciado. Estos enfoques, donde todavía abundan clichés con diversas intenciones, nos colocan justo al nivel de lo que ocurre en el resto del mundo. Sin embargo, se aprecia una tendencia moderada que se cuida de los peligros de la parcialización.

Es justo separar el rechazo sutil o directo a la religión, o a la Iglesia, de la exposición nunca ingenua de posturas diferentes a las de la fe en Cristo, pues en el segundo caso el objetivo puede ser la defensa de otro criterio sin atacar. Precisión útil cuando la dinámica interactiva de los espacios mediáticos abre ciertas posibilidades de acceso y transmisión de información a más ciudadanos, y no solo a los grandes centros de la comunicación.

Conviene además recordar que la determinación de una política institucional no anula el criterio del comunicador o artista que emite el mensaje. Su opinión inevitablemente matizará el discurso en tanto construcción intelectual, de un modo encubierto o evidente, ya sea en los guiones de los dramatizados o en la expresión directa de algún locutor o conductor de programas.

La responsabilidad individual interviene en la producción de mensajes menos amables, u otros sinceros y respetuosos, a pesar de que medie la parodia de un programa humorístico. Por ejemplo, la ubicación periférica y un tanto alternativa de los *teleplays* dentro de la programación, ha contribuido, sin un ápice de contenido evangélico, a que el tema de la Iglesia Católica y el de las devociones y tradiciones populares, muchas de franca raíz católica, aparezcan sin otra intención que reflejar con veracidad una realidad. *El diablo anda suelto*, con dirección de Magda González, un *teleplay* de hace varios años, ilustra el caso. Del mismo modo que agradaron allí las escenas grabadas en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio, lamentamos la inconsistencia en la caracterización del sacerdote que guiaba, con recomendaciones sacadas de los libros de Paulo Coelho, la vida espiritual del joven protagonista quien, al abandonar el Seminario, deviene héroe espontáneo.

Asimismo, los espacios dramatizados fijos (aventuras, novelas y seriados juveniles) abordan poco la religión o la fe cuando son de factura nacional, y algo más al contar historias ubicadas antes de 1959. Lo cual contrasta con los programas extranjeros que se exhiben, bastante desenfadados al respecto, pues, con planteamientos nada doctrinales, abren el diapason a valores cristianos y contenidos sobre la fe. Tanto en los extranjeros como en los cubanos pululan imágenes deformadas y esquematizadas de los cristianos: siniestros curas y obispos, laicos que

no consiguen ocultar la hipocresía o autorrepresión, monjas que hacen su profesión luego de frustraciones mundanas, o gente de una fe ingenua y triste. La excepción, a veces, descubre religiosos auténticos y sacrificados (por lo regular, monjas) comprometidos en múltiples obras de caridad.

Por otra parte, la programación infantil no muestra la religión. Solo la magia se beneficia en historias fantásticas y alusiones a cultos primitivos, antiguos o del panteón grecolatino, mediante dibujos animados y películas.

De forma un tanto diferente, los espacios cinematográficos, han ofrecido películas de un claro compromiso doctrinal, y alguna coincidió con tiempos fuertes del año litúrgico, pero apenas se notan sumergidas bajo la jungla de películas ateas, anticristianas e incluso demoníacas.

Las últimas abundan en el planeta después del año 2000, acaso después del 2001. A lo mejor no son otra cosa que la exorcización sublimada en la imagen artística de un mal emergente que a muchos no les deja ver el ascenso indetenible del bien.

Donde se puede seguir con relativa frecuencia una mirada sobre la Iglesia, y esporádicamente una mirada desde la propia Iglesia, es en la programación noticiosa, porque la educativa tampoco es en lo referido al tema, demasiado diferente del resto. El Noticiero de Televisión (estelar) y sus homólogos (la tercera emisión, Tvnoticias, la edición Dominical y de los espacios informativos menores) se hacen eco de numerosas noticias que a lo largo del año vinculan a las iglesias evangélicas con reuniones y actividades pastorales o cultos. La visita casi oficial de cristianos de otras nacionalidades aparecen recogidas a menudo en entrevistas.

Por lo regular la connotación político-social de los sucesos, o de las noticias sobre estos, descubre puntos de contacto con la actualidad nacional. Suele ser ocasiones para que amplios sectores de la teleaudiencia vean por dentro un templo u otra iglesia cristiana donde nunca pusieron un pie. Y deja fuera de dudas el interés en la cobertura informativa precisa, al verificar que la periodista Maribel Puerto, pocas veces sustituida, se especialice en dicha área.

La Iglesia Católica en Cuba tiene menos incidencia mediática y relevancia informativa. Sacerdotes y preladados no suelen aparecer en nuestra televisión, salvo raras excepciones. He podido constatar la realización de encuadres donde miembros consagrados de la Iglesia quedan delicadamente fuera, si por cualquier razón coinciden en tiempo y espacio con el motivo reportado. De ahí que podamos afirmar que la aparición de algún miembro significativo de la Iglesia nunca es arbitraria ni casual; lo que resalta cuando son aceptados en la pantalla chica.

La situación mejora al hablar del tratamiento de ciertas noticias vinculadas a la Santa Sede, y a veces a la Iglesia en otros países, cuando personalidades de esta participan en el diálogo social e influyen en los acontecimientos del momento.

La figura del Papa es beneficiada cuando divulga aquellas alocuciones de impacto explícito en la política internacional. Primero Juan Pablo II y ahora Benedicto XVI han recibido hasta ahora un tratamiento favorable dado a destacados líderes mundiales, y no el indicado a los pastores o guías del mundo cristiano. Su aparición en la televisión cubana, no obstante, produce regocijo incluso entre personas no católicas.

Mención aparte merecen las transmisiones diferidas de oficios sagrados a través del canal Educativo 2, o de los mensajes por Navidad y Semana Santa. Son verdaderos bálsamos en medio de la escasez noticiosa. Destacan en la memoria la Misa por el deceso de Juan Pablo II y sus exequias, además de los emocionantes Vía Crucis en el Coliseo romano. A este tipo de transmisión con finalidad religiosa (tan de agradecer, apenas anunciada y que siempre toma por sorpresa) se le nombra "programa especial...".

Es justo reconocerle al programa *¡Bravo!* del canal Cubavisión, enfatizando el interés cultural, la transmisión de conciertos navideños de las iglesias evangélicas y otros conciertos de interés también religioso, como la magnífica *Misa cubana*, de José María Vitier, interpretada en la sala del antiguo convento de San Francisco de Asís.

Queda por hacer una referencia a los *spots*. Durante los últimos años han aparecido algunos trabajos publicitarios, nombrados *Para la vida*, con el fin de promover valores imprescindibles en cualquier sociedad: la familia, la ética, los derechos del niño. Con el paso del tiempo, a la par, se ha empezado a explorar la eficacia en la promoción de las virtudes.

Sin proponérselo, esa estrategia se ha hecho afín a la esencia de la moral cristiana. Una serie de *spots* recientes, identificables por el cartel de cierre (“Por la utilidad de la virtud”) están devolviendo, todavía en mínima porción, la centralidad de la vergüenza y la decencia, términos extraviados del léxico y del comportamiento cotidianos. Tales *spots* no transmiten mensajes evangélicos ni aluden a las exigencias de la vida interior, pero expresan y actúan alrededor de una esencial preocupación cristiana: la dignidad de la persona. Acostumbrados a los contenidos antirreligiosos, anticlericales o del chato materialismo a la moda, el hecho de recibir discursos de verdadera fibra humanista produce una extendida satisfacción que no distingue credos ni sistemas filosóficos diferente.

La solución cristiana

En Cuba, donde la radio y la televisión dominan la comunicación social, el acceso de la Iglesia a esos ámbitos podría ser una herramienta muy útil para el servicio a los fieles y al resto de la población.

Mientras las condiciones no den un vuelco en función de una mayor presencia del Cristianismo en la televisión, sirven de aliento las expresiones populares sembradas por el Catolicismo y dichas con harta naturalidad ante las cámaras por cualquier paseante; la presignación u oración rápida de un deportista extranjero o del patio en una competencia difícil; pulsos, crucifijos y rosarios, no del todo bien llevados; quizás una mirada dulce o una actitud misericordiosa, detrás de la cual un televidente cómplice cree atisbar el alma de un cristiano. Entonces se reconoce que el Cristianismo convive entre las fibras de la nación.

Tampoco es de extrañar que los signos que unos interpretan con ojos de esperanza, otros los vean con recelo. El mensaje de la Buena Nueva, una fina hierba siempre verde, siempre fresca, se abre paso a pesar de los obstáculos que incluso hemos colocado los mismos cristianos.

Y al tener el Evangelio tanto que decir y aportar hoy a la vida plena de los seres humanos, carece de rareza su posible arraigo también en el discurso televisivo.

Si no mediante dudosos protagonismos, ajenos al modelo de Jesucristo que cumplió a la perfección la voluntad de su Padre, sí por medio de la contribución y el diálogo, el apoyo o el servicio, la presencia callada o la alegría propia de los hijos de Dios.

Con la visita del Papa a Cuba se Erosionaron sospechas, cedieron malentendidos, se reblandecieron enemistades, no solo a nivel de las autoridades, sino en el corazón del pueblo, donde el rencor, el miedo y el silencio suelen hacer poso.